Narraciones populares

E-LIBROS
COLECCIÓN VIAJES

“Andanzas y aventuras del emir Baïbars y su fiel escudero Flor de Truhanes”

II - FLOR DE TRUHANES DEL CAIRO

22 – Un extraño negocio

Edición y traducción: Esmeralda de Luis

Archivo de la Frontera

Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales

CEDCS

Relatos de la "Sīrat al-thāhir Baïbars"

II - Flor de Truhanes del Cairo

22 – Un extraño negocio

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 29-09-2017
Número de páginas: 11
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

22 – Un extraño negocio

Hemos dejado a nuestros amigos en el Bulâq, paseando y divirtiéndose entre la muchedumbre de un sábado festivo, y después de la aventura con los compadres de la escudilla de Abû Afîs…

Baïbars se fijó en un mameluco de mostachos pelirrojos, sentado en una silla, y a su lado, un judío con una tela ancha como una criba. Ante ellos habían colocado unos panes de grandes dimensiones, de color ceniza, semejantes a los panes de pasas que se hacen en nuestras aldeas. Eran como hogazas de tierra blanca amasada con agua. Un subastador, allí de pie, gritaba:

- ¡Escuchad todos! ¡Atención muchachos! ¡Comunidad del Profeta Muhammad! Se vende, se vende, cuatrocientas piastras, ¿quién da más?

La puja por aquel pan subió hasta las seiscientas piastras de plata ofrecidas por un rico comerciante. Éste ordenó a su mameluco que cogiera los panes; pagó al subastador, y se marchó para continuar con sus asuntos. Baïbars seguía observando. El subastador entregó el dinero al mameluco del bigotón pelirrojo. En ese momento se formó una multitud, y el mameluco comenzó a gritar:

- ¡Acercaos! Repartíos esto –y les dio la mitad del dinero. La otra mitad la compartió con el judío.

Baïbars estaba perplejo y no alcanzaba a comprender de qué podría tratarse esa historia de los panes.

- Otmân –le preguntó Baïbars-, ¿es una costumbre vuestra eso de pagar la ceniza con buen dinero contante y sonante?

- ¿Qué ceniza?

- La de esos panes, ¿no son de ceniza?

- ¿Eso ceniza? Así se lleve la peste a tos los brutos que no saben na de na. ¡Ay, soldaito, tú eres un inocentón sin pizca malicia!

- ¿Por qué?

- Amigo mío, eso no es ceniza, es azúcar de la mejor calidad. Esos cabrones lo amasan como si fueran panes y lo venden. Ese *mamaculos* del bigote reteñío es el Agha la Azucarera, y Abu Yiyo, el judío, es su contable. Tos los que les rodean son obreros de la fábrica azúcar. Unos canallas compinches del robo. No temen a Dios y viven de sus sucios negocios. Escucha soldao,

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

tos los sábados vien a vender aquí y los tratantes de azúcar les compran. ¡Así que… ya ves de qué va to el negocio!

- ¿Y a quién pertenece la azucarera del Bulâq?

- A Naŷm El-Dîn Abu Bunduq. Ese *mamaculos* del mostacho rojo también roba, soldao. ¿No te parece eso un escándalo? ¿Es que eso está permitío?

- Puede que ese mameluco haya rentado la fábrica de azúcar por su cuenta, pagando un alquiler a Naŷm El-Dîn, con lo que la producción de la azucarera sería toda suya. Así pues nada que objetar.

- Que no, soldao, que esa azucarera la costea enteramente el Naŷm El-Dîn; que bien lo sé yo.

Baïbars entonces se encolerizó. Se acercó hasta el mameluco y le dijo:

- ¡Traidor! ¿Cómo te permites traicionar a tu Señor Naŷm El-Dîn, él, que te confió sus bienes y su fábrica de azúcar? ¿Acaso no conoces ese proverbio que dice: "Aunque tú seas un traidor, nunca traiciones a quien en ti confíe"?

Ese mameluco era una mala bestia. Todo lo que Dios, el Altísimo, había prohibido, él lo hacía. Frecuentaba asiduamente a las mujeres de mal vivir y a los depravados. Bebía vino, jugaba a los juegos de azar. Casi siempre andaba borracho; justo como lo estaba ese mismo día. Cuando oyó a Baïbars hablarle de ese modo, abrió los ojos como platos, se levantó de un salto y gritó:

- ¡Y tú qué quieres, mariconcete *tchiqoun Allah bayyin bala versen*! ¿Quién te crees que eres?

- ¡Libertino, sinvergüenza! ¡Mucho cuidado con lo que dices! ¡Si Naŷm El-Dîn no hubiera sido tu Señor, ya te habría enseñado yo lo que vales! Seguro que tú no eres musulmán, porque no temes ni a Dios ni al Profeta, conduciéndote de esta forma y dirigiéndote a mí de esa manera.

Siguieron insultándose, pero nadie les prestaba atención, como si estuvieran completamente solos. Pero entonces, el mameluco pronunció la peor de las blasfemias, la que merece la muerte -¡Dios nos proteja!-. Sacó su puñal y se avalanzó sobre Baïbars. ¡Le quería matar, ver cómo su puñal penetraba en su pecho y le salía por la espalda! Baïbars le esperó con su *lett* de Damasco, su *lett* de diez puntas, y lo esquivó. Baïbars también le insultó y le golpeó, tres veces. ¡No acababa nunca! Pero después de que el mameluco profiriera tal blasfemia, sólo podía resolverse con la muerte conforme a los cuatro ritos del Islam.

- Te mato, perro, para vengar el honor de Abu Bakr, el verídico, y de Omar.

De un golpe de *lett* le partió el cráneo. Sus sesos se esparcieron por todas partes, y cayó muerto y bien muerto.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

El judío se abalanzó a sus pies y gritó:

- Oï, oï, musulmán, tú le has matado.

Rápido como el viento, Otmân cayó sobre el judío y le dio una puñalada en el pecho. La hoja le atravesó de parte a parte. Con todo ese jaleo la gente se apiñó a su alrededor, y vieron al judío que había matado Otmân, y al mameluco en el suelo. Entonces quisieron apresar a los dos asesinos, pero Otmân se quitó el velo que le cubría el rostro y pasó al ataque. Todos recularon.

- Más vale que cuidéis de vosotros mismos, cabrones; llegáis en buen momento, porque yo soy Flor de Truhanes del Cairo.

Al oir esto y ver a Otmân, les dejaron y salieron corriendo.

- Pero Otmân, ¿por qué has matado a ese judío? –preguntó Baïbars.

- Eh, amigo, si tú matas a uno, yo mato a otro. Pa eso somos hermanos tú y yo. Así que ni rechistes. Tú te has cargao a uno, pues yo también.

- Estaba escrito, tendría que ser así. ¡Y pensar que habíamos salido a dar un paseo por el campo! No hay nada que hacer.

Saltó sobre su montura; regresó al palacio de Naŷm El-Dîn, y esperó. Otmân se llevó el caballo al establo y lo trabó donde los escuderos.

> [*Ciertas versiones de la saga de Baïbars nos cuentan que no fue éste el que mató al mameluco, sino Otmân el que acabó con los dos. En efecto, puede que fuera cuando Baïbars se acercó al mameluco y le dijo: "¡Traidor, te estás comiendo los bienes de tu Señor! ¡Si hubieras sido mi mameluco ya estarías muerto, porque bien que lo mereces!", y ni siquiera había acabado de hablar cuando Otmân ejecutó al mameluco de una puñalada viendo cómo se extendía su sangre por el suelo. Como el judío comenzó a gritar: "¡Oï oï!", Otmân lo envió de un golpe a reunirse con su amigo. Y cuando Baïbars le preguntó: "¿Por qué los has matado?", Otmân le respondió: "¿No has dicho tú que ese mamaculos merecía la muerte? Pues dicho y hecho; me lo he cargao". A lo que Baïbars repuso: "Idiota, ¿ves que yo sea un cadí para poder decretar una pena de muerte?". Aunque lo más seguro es que fuera Baïbars quien matara al primero y Otmân al judío, pues Baïbars no podía soportar ver ni un minuto más al mameluco a causa de las blasfemias que éste había proferido, lo que sería su perdición. ¡Sólo Dios conoce la verdad! Y esto es todo lo que sabemos de este asunto.*]

La gente que había presenciado la escena se arremolinó junto a los muertos después de que Baïbars partiera de allí.

- ¿Qué haremos? – se preguntaron.

Escuchad ahora lo que le sucedió al cadí Salâh El-Dîn. Todos los sábados montaba sobre su mula y bajaba hasta el Bulâq, acompañado de su factótum. Se paseaba por el bazar, antes de ir

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

al Consejo, buscando cotilleos y habladurías diversas. Estaba al corriente de todo con el único objetivo de perjudicar. Así que ese sábado, montado en su mula y en compañía de Mansur, su hombre de confianza, paseaba por allí.

- ¿Qué es ese tumulto? –le dijo- Vete a ver.

Cuando regresó le puso al corriente:

- Ahí abajo hay dos muertos, un mameluco y su secretario, un judío.

- ¿Quién les ha matado?

- No lo sé.

El cadí dirigió a la mula en esa dirección de inmediato. Todo el mundo se apartó para dejarle pasar. Echó pie a tierra y comenzó a interrogar a la gente:

- ¿Quién ha matado a esos dos?

- Efendi, al mameluco, lo ha matado Baïbars, y al judío, Otmân.

- ¿Cómo ha sucedido?

- Les hemos encontrado de esa guisa al llegar –dijeron algunos-, pero hemos oído decir cómo pasó todo.

- Baïbars ha matado al mameluco –dijeron otros-. Baïbars le había reprochado haber robado azúcar, y el mameluco, que estaba borracho, quiso matar a Baïbars con su puñal. Le hemos oído injuriar en turco a Baïbars. Entonces Baïbars le ha golpeado con su lett en la cabeza y le ha matado. Y hemos visto a Otmân matar al judío.

- Seguid vuestro camino, este asunto ya no os concierne –les dijo-. ¡Que Dios castigue a Baïbars, ese mameluco que anda suelto por ahí!

De modo que se dispersaron. Entonces el cadí se dirigió a los empleados de la azucarera que aún estaban allí con su jefe, un anciano llamado Abu Watfeh:

- Y vosotros ¿qué habéis visto?

- Le hemos oído insultar a Baïbars de tal modo, que éste ha acabado por cargárselo.

- Este asunto os atañe a todos vosotros. Ese Baïbars ha sacado a la luz vuestro contrabando. No cabe duda de que va hacer que os echen a todos, pues tiene la mala costumbre de molestar a los demás, de matar sin razón alguna. Si no os dáis prisa, vais a tener problemas con Naŷm El-Dîn. Os va a perseguir por robo de azúcar, y os cortarán las manos. Pensad bien en lo que debéis hacer.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Cadí, ¿qué podemos hacer nosotros? Efendi, estamos a tu merced, sácanos de este apuro. Sólo tú puedes hacerlo.

Pensaron que el cadí les decía todo eso porque se había apiadado de ellos, sin percatarse de que eran otros los motivos que le guiaban.

- Decid que estáis prestos a atestiguar lo que habéis visto y oído. Buscad dos ataúdes, colocad en ellos los cadáveres y llevadlos hasta el Consejo, en La Ciudadela. Poned una denuncia ante El-Sâleh [les indicó en qué términos debían hacerlo]. Yo os responderé y os ayudaré a salir airosos de este asunto. Haré que todo se vuelva en contra de Baïbars, pues vosotros sois pobre gente que vive de la gracia de Dios. Yo me adelantaré para llegar antes que vosotros al Consejo.

De modo que el cadí les dejó con esas instrucciones y se dirigió hacia La Ciudadela. Se compuso la túnica, entró y se inclinó ante el rey.

- ¡Te saludo, oh, Comendador de los Creyentes!

- Bienvenido, cadí [conforme a la etiqueta, los que entraban al Consejo tenían que saludar al sultán y quedarse de pie hasta que éste les dijera que se sentasen] Hoy llegas con mucho retraso.

- Tengo por costumbre recorrer las calles. Me informo de la situación de algunos menesterosos y les doy alguna limosna, que es justo lo que hoy he hecho.

- ¡Dios, el Señor de los mundos, se vengará de los opresores! ¿Qué has oído y qué novedades nos traes hoy?

- No traigo más que buenas noticias. Todos los súbditos están completamente felices y rezan por tu Beatitud, pidiendo para ella victoria y larga vida. He oído hablar de una sedición, pero no sé mucho más, el futuro nos dirá.

- Cadí, ¡Dios maldiga a los que sólo buscan crear problemas! Por mi Señor Todopoderoso, oh, Hâŷ Shâhîn, Dios es el que juzgará en última instancia. Nosotos decidimos, pero Dios hace lo que quiere. Siéntate en tu sitio habitual, cadí.

- Sí, ¡oh rey todopoderoso!

De modo que se sentó y poco después se oyeron gritos: era la caterva que llegaba. Habían traido los féretros a la mezquita y allí divulgaron las nuevas a los cuatro vientos. Querían enterrarlos en la Qarâfa. Pero los llevaron primero al Consejo para poner una denuncia ante el rey El-Sâleh.

- ¡Oh, Tú, que nos proteges ante las calamidades, Dios Todopoderoso! Hâŷ Shâhîn, ¿qué es lo que pasa?

- No sé.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- ¿Es que ya no queda sitio en la Qarâfa que traen aquí a enterrar a los muertos? Shâhîn ¡Diles que esto es el Consejo del rey!

- *Efendem*, no son muertos –dijo el cadí-, es gente que ha sido asesinada.

- ¡Ay, Dios Eterno…! Cadí, por mucho que lo niegues, ¡sabes de sobra de qué va este asunto!

- Yo no niego nada, y jamás acostumbro a hacerlo, Dios me libre. Es que he visto rastros de sangre sobre los féretros y he deducido que se trataba de un crimen.

Toda la cuadrilla entró gritando ¡muerte al asesino! Y profiriendo maldiciones abominables.

- ¡Uyuyuy! –dijo el sultán.

- Traedles aquí –dijo el cadí.

- Ponedles ante el cadí –dijo el rey.

- Dios del cielo, oh poderoso rey, el primero ha recibido un golpe mortal en la cabeza, pero no sé con qué arma se ha podido hacer, ¿podría tratarse de un *lett*, o de una maza? En cuanto al segundo, no hay duda alguna, ha sido apuñalado. Los que los han matado deben ser condenados a muerte, y si vos no los ejecutáis, yo abandonaré la ciudad.

- ¡Ay, Cadí, no corras tanto, anda! ¡Ni que fueras tú el que hubiera puesto la denuncia! Déjanos que preguntemos quién los ha matado y examinemos la naturaleza de esta acusación. Después ¡daremos el veredicto! Vamos, Shâhîn, interrógales.

- ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Qué significan todos estos féretros?

- *Efendem*, esos muertos son el mameluco de Naŷm El-Dîn, el que regentaba la azucarera del Bulâq, y el judío, su secretario. Otmân ha matado al judío y Baïbars al otro, injusta y gratuitamente, pues esos dos no habían hecho nada malo. Nosotros estábamos presentes durante la disputa. Baïbars ha golpeado al mameluco con su *lett* sin motivo alguno, y Otmân ha apuñalado al judío. Nosotros somos testigos de lo que hemos visto y sabemos.

Pero esos testigos no eran otros que los obreros de la azucarera, justo los que estaban en connivencia con el mameluco y el judío en el turbio asunto del robo y la venta ilegal del azúcar.

Después de esas declaraciones, el cadí, ajustándose bien el turbante, se estiró todo lo largo que era, asintió con la cabeza, se arremangó y con voz de trueno exclamó:

- ¡Por el honor de Dios! ¡La corrupción ha aparecido en medio de los fieles! ¡Qué desgracia para nuestra religión! ¡Adónde va nuestro Islam! ¡Oh, Comendador de los Creyentes, Baïbars y Otmân se dedican a asesinar! Esos canallas han matado a dos hombres sin motivo alguno; sin que hubieran cometido ningún crimen. Yo salgo garante y estoy dispuesto a ceder del tesoro

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

público cien mamelucos, cien mensajeros y diez mil dinares, si lo que acabo de decir no es cierto. Aïbak también está dispuesto a salir garante por la misma suma.

- ¡*Tfou*! –pensaba para sí Aïbak-. *Allah bayyin bala versen*[1], ¿qué tener yo que ver con esto? ¡Ojalá y que Dios maldecir a tus barbas!

- ¿De verdad, Aïbak? –le preguntó el rey.

- Sí, sí, por Dios Todopoderoso, yo damos voluntario por complacer a cadí.

- Escribe, Shâhîn, escribe su declaración. Si Baïbars y Otmân son en verdad culpables, serán condenados a muerte; si no, el cadí y Aïbak deberán reembolsar la suma depositada como garantía. Baïbars, ¿no vive en tu casa? –preguntó de inmediato a Naŷm El-Dîn.

- Sí.

- Hazle venir al Consejo con Otmân para que podamos resolver este asunto.

- *Efendem*, Otmân no es el mismo hombre ya; se ha arrepentido. Hace las abluciones y sus plegarias. Se ha hermanado con Baïbars. Han hecho un pacto ante Dios sobre la tumba de la Dama, de la Hassîbeh. Ahora forma parte de la gente honesta.

- ¿Es eso cierto?

- Desde luego.

- ¡Gloria al que hace cambiar a los corazones! Para Él, eso es bien poca cosa, porque con tan solo una mirada puede hacer fiel a un infiel, y abrevar la tierra con una sola gota de Su generosidad. Él es el que da y el que toma. Bien, Hâŷ Shâhîn, admitamos que se haya arrepentido. ¿Cómo es que entonces ha matado al judío?

- *Efendem*, lo vamos a saber enseguida.

- Naturalmente, el cadí juzga según las apariencias, pero las cosas ocultas, sólo Dios las conoce.

Por su parte Baïbars seguía a la puerta del palacio, preguntándose qué hacer y haciendo conjeturas sobre su suerte. Cuando llegó Naŷm El-Dîn, se levantó para saludarle y le besó la mano.

- Hijo mío, ¿es verdad que hoy estabas con Otmân en la feria del Bulâq?

- Sí.

[1] ¡Que Dios te maldiga, cabrón!

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- ¿Qué ha pasado? ¿Es cierto que has matado a mi mameluco Jorshod y que Otmân ha matado al judío?

- Sí, eso es justo lo que ha pasado.

- ¿Y por qué? No cabe duda que alguna razón habría…

Comenzó entonces Baïbars a hablarle sobre los panes de azúcar y el tráfico que se hacía con ellos.

- Dices bien. ¡Dios es el que ha permitido que esto salga a la luz! Esa azucarera tendría que haber sido una buena fuente de ingresos, y por más que invierto en ella año tras años; sólo obtengo pérdidas y no sé porqué. Yo ya no sé qué hacer y estoy bastante disgustado. Y eso que los que la habían explotado antes que yo habían obtenido grandes beneficios. Pero continúa tu historia.

- *Efendem*, cuando Otmân me ha contado lo que pasaba y que ese mameluco robaba el azúcar que te pertenecía, yo me lo he tomado muy a mal. ¿Acaso no soy yo tu huéspede? Como de tu pan y tu sal. Así que he intervenido y le he dicho lo que ya sabes. Él estaba borracho; ha sacado su puñal para matarme y se ha puesto a blasfemar en su lengua. En un primer momento yo me he contenido por respeto a tu persona. Si yo no hubiera sido prudente le habría matado desde el principio. Pero como continuaba avanzando hacia mí y yo no podía detenerle, me he defendido golpeándole en la cabeza con mi *lett*. Y el golpe fue fatal.

- Has hecho bien en matarle; lo merecía. ¡Que Dios no tenga misericordia de ese descreído! Hace tiempo que yo le había echado el ojo. Por su conducta debe tratarse de un renegado. No había conseguido pillarle con las manos en la masa, pero si lo hubiera hecho, yo mismo lo habría matado. Todo lo que ha pasado está bien y tú no tienes nada que reprocharte; ¿pero y ese judío?

- *Efendem*, cuando yo he matado al mameluco, vi que Otmân había desenvainado y dado muerte al judío. ¡Ya no había nada que hacer!

- El caso del mameluco tiene fácil solución, pero en lo que concierne a ese judío, no sé cómo intervenir. Llama a Otmân; ha hecho mal en matarle.

- ¡Ven Otmân!

- ¡Saludos a Abu Bunduq! ¿Qué pasa, amigo? Baïbars se ha cargao a tu mamaculo que t'andaba afanando el azúcar y yo me he apiolao al Abu Yîyo, el judío. ¿Qué mal te he hecho yo? ¡Esos cabrones querían arruinarte! Dios los maldiga a los dos.

- Sí, pero el asunto ha llegado hasta el rey y se nos ha denunciado.

- No tiés na que temer, soldao, por el Profeta, el patrón Sâleh es un buen tipo. Nos quiere mucho. Es un amigo de Dios. Pero ese cadí -¡Dios le maldiga!- él no nos puede ni ver.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- A ver qué podemos hacer. Cuando estés delante del rey y él te pregunte: "¿Por qué has matado al judío?". Tú ¿qué vas a responder?

- ¿Me tomas por un idiota pueblo o por un memo? Yo contestaré: "Le he sacudío y le he baldao los riñones."

- Sobre todo ni se te ocurra decir eso –intervino Naŷm El-Dîn.

- Y entonces, ¿qué voy a decir?

- Di que tú no estás al corriente, que no has visto nada. Puede que de ese modo puedas librarte. Nosotros diremos que eres un poco tonto, un simple de Dios. Yo engrasaré a algunos testigos y nos las arreglaremos.

- ¿Cómo, cómo?

- Tú no has visto ni oído nada de nada.

- Vale, yo no he visto ni oío na de na, no'stoy al corriente de to eso.

- Puede que te interroguen…

[*Baíbars y Naŷm El-Dîn intentan persuadir a Otmân de que niegue toda participación en la muerte del judío.*]

FIN

Próximo episodio...

24 – Baïbars en la fábrica de azúcar

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6